

## Atahualpa, el folclorista

El autor de "Los ejes de mi carreta" siempre se mantuvo fiel al canto popular. En el centenario del natalicio de Atahualpa Yupanqui, el autor describe la influencia del trovador argentino en el folclor latinoamericano. **TEXTO: ENRIQUE BLANC**

*La noche tiene un secreto  
y mi corazón lo sabe.  
Por más que quiera ocultarlo  
con terciopelos del aire.  
Me lo contó una guitarra, hondo jagüel  
de saudade.  
Lo aprendí en esas historias que cuentan  
los trahumantes.  
Lo leí en el rojo vino que  
en las madrugadas arde.  
Lo vi brillar pecho adentro,  
destilando soledades.  
La noche tiene un secreto  
y mi corazón lo sabe.  
Y a la noche la hizo Dios,  
para que el hombre la gane.*

**H**ay quienes, en el ámbito de la canción popular, reclaman un lugar en la historia por el solo hecho de haber escrito un puñado de canciones exitosas. Pero hay también quienes llevan a cuevas toda una obra como argumento, incluso otra serie de atributos. Atahualpa Yupanqui

pertenece a esta estirpe. Si bien fue autor de más de 350 composiciones, su genio no se conformó con ello. El argentino fue también virtuoso guitarrista, poeta y narrador, un musicólogo que profundizó en cada uno de los estilos inherentes a la pampa argentina, un folclorista por ende. Su personalidad recuerda de cierta manera la de Jorge Luis Borges: al igual que el autor de "El Sur", Yupanqui era considerado un artista y un intelectual que profesaba una pasión desmedida por los asuntos del hombre medio. De hecho, el cantor cultivó una gran admiración por el hombre de letras, a quien recordaba a menudo en sus entrevistas. "Que me perdone Borges...", solía decir, como si éste fuese una especie de deidad ubicua que pudiese escucharlo todo. Contemporáneos, Borges y Yupanqui coinciden también en el hecho de que observaron y escucharon los mismos incidentes durante sus vidas, el catastrófico y cruel siglo XX:



ILUSTRACIÓN: LEÓN BRAOJOS

las grandes guerras y la dictadura peronista, entre otros sucesos. Los dos viajaron por Europa, la conquistaron, y vivieron allí por temporadas. Pero su obra jamás quiso desprenderse del recuerdo del submundo argentino, Yupanqui de la pampa, Borges de los barrios urbanos; del episodio vulgar que impactó sus conciencias a temprana edad, alterando para siempre su forma de entender e interpretar el mundo.

### Una vida

Yupanqui nació Héctor Roberto Chavero Arámburo, el lluvioso 31 de enero de 1908, en las cercanías de Pergamino, en la provincia de Buenos Aires. Su infancia, transcurrida alrededor de la estación rural Antonio Roca, donde trabajaba su padre, marcó con determinación su vida y su perspectiva de las cosas. Allí, el adolescente Yupanqui descubrió con asombro la vida gaucha y el espontáneo canto de la pampa. Los recuerdos de aquellos días son narrados con sentimiento y rigor poético en los libros que publicó. "Nací en un medio rural, y crecí frente a un horizonte de balidos y relinchos. Los espectáculos que exaltaban mi entusiasmo no consistían en mecánicos, rompecabezas, volantines o barriletes. Era un mundo de brillos y sonidos dulces y bárbaros a la vez". Extraído de *Canto del viento*, uno de sus títulos más conocidos, he aquí otro pasaje en el que Yupanqui rememora los primeros acordes gauchos que resonaron en su conciencia: "Pero ese fogón breve de los estibadores, ese canto tan serio, tenía una magia especial. Ellos me ofrecían un mundo recóndito, milagroso, extraño. Yo no los miraba ya como heroicos proletarios de la pampa. Me olvidaba que ratos antes se llamaban Alcaraz, Montenegro, Leiva, Páez... Eran, por obra de la música, como príncipes de un continente en el que sólo yo penetraba como invitado o como descubridor. Eran seres superiores".

Entre Roca y Tucumán transcurrieron los primeros años del aspirante a payador, quien se rebautizó por el sentido en quechua que encierra su

sobrenombre. Atahualpa Yupanqui significa "aquel que viene de lejos a decir algo".

La muerte de su padre en 1918 lo llevó a Junín, población en la que estudiaría guitarra con el reconocido maestro Bautista Almirón. Fueron estas clases las que refrendaron el amor de Yupanqui por un instrumento que había estado a su lado desde la cuna. "Me sentía totalmente ganado por la guitarra", escribió en *Canto del viento*. "Este instrumento se hizo presente en mi vida desde las primeras horas de mi nacimiento. Con guitarra alcanzaba el sueño. Con una vidala, o una cifra que entretenían mi padre y mis tíos". Fue ese hombre quien lo acercó a los clásicos y a los maestros de la guitarra flamenca. "Muchas mañanas, la guitarra de Bautista Almirón llenaba la casa y los rosales del patio con los preludios de Fernando Sors, de Costes; con las acuarelas prodigiosas de Albéniz, Granados, con Tárrega, maestro de maestros; con las transcripciones de Pujol, con Schubert, Liszt, Beethoven, Bach, Schumann", evocó el trovador.

### Obra trascendente

El estilo musical de Yupanqui fue el mismo a través de los años, es decir, el estilo propio del payador. Nunca pasó por su cabeza el trastocarlo. A diferencia de Piazzolla, otro de los protagonistas de la música argentina del siglo XX, Yupanqui no tuvo ensoñaciones de progresión. Lo suyo fue ceñirse a la tradición y renovarla desde una interpretación, que a la postre se convirtió en su esencia misma. Géneros de su folclor como la zamba, la milonga, la canción criolla, el malambo, la chacarera y su entrañable vidala, los asumió de la misma manera: confiando en el sentimiento y la sabiduría de su voz, e inspirado en el dominio de su guitarra. No obstante la insistencia en una misma fórmula -con la excepción de sus piezas instrumentales-, las canciones de Yupanqui encierran su valor una a una. En su cancionero cada tema es un redescubrimiento de su autor.

Con ánimo de complicidad más que por indagación antropológica, agradecimiento más que veneración, Yupanqui se afianzó como el generoso cronista de la vida gaucha. Él nos hizo posible asomarnos a la pampa y atestiguar, con la emoción de quien disfruta la intromisión a un territorio vedado y misterioso a la vez, la vida y costumbres de quienes le dejaron una huella permanente en el alma. "gentes 'muy de antes', cobrizos, primitivos y tenaces, con mujeres que fumaban en pipas de yeso a la hora crepuscular", así los describía.

"Los ejes de mi carreta", "El arriero", "Camino del indio", "Le tengo rabia al silencio", y los versos de largo aliento, "El payador perseguido" se escribieron entre 1941 y 1974, durante tres décadas de fértil actividad en las que Yupanqui generó lo mejor de su inventario poético y musical.

Exiliado en Francia a comienzos de la década de los cincuenta, Yupanqui vivió con el poeta Paul Éluard. Una noche, así lo narró a la televisión española, se comprometió a tocar ante un grupo de invitados del poeta francés. En la tertulia conoció a Edith Piaf, a quien conmovió con sus canciones. Fue la diva francesa quien apadrinó su debut en París; ella misma produjo un concierto, participó en éste y dejó a Yupanqui ser el estelar de la noche. Con ese noble gesto, la ya célebre cantante puso toda Europa a los pies del argentino. Y es que como Piaf, él estaba a punto de convertirse en un icono musical de su tiempo, el mismo al que recordamos a 100 años de su nacimiento.

Yupanqui falleció en Francia, el año 1992, pero sus canciones y sus escritos, como su recuerdo, continúan contagiando su grandeza. •

#### ENRIQUE BLANC

Guadalajara, Jalisco, 1961.  
Narrador y periodista, autor de los libros de cuentos *No todos los ángeles caen del cielo* y *Cicatrices del bolero*.